



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

15 de Noviembre de 1871.

NUM. 8.

UN DIA DE ÓCIOS.

POR EMILIO SOUVESTRE.

(TRADUCCION.)

MEDITACIONES.

Nueve de la mañana.

¿Qué es ese grito que se oye bajo mi ventana? ¡Ah! le reconozco; es el del flamenco que viene todos los años ofreciendo la muerte á los ratones, de puerta en puerta. ¿Vuelves ya, pobre Judío Errante, de nuestros campos? ¿Has vuelto á cojer tu abollado sombrero de fieltro? ¿Llevas tu bandolera, tu caja de veneno, y en la punta de tu largo palo de ogia tanto los cadáveres de tus enemigos? ¡La Francia entera se abre ante tí, con sus hermosas praderas, sus viñas y sus campos, en donde se mecen y peligran las espigas!

¡Marcha en hora buena bajo la lluvia ó el sol, y á pesar de la niebla, los hielos y del viento, los caminos te se brindan, ellos son tus solos dominios! Anda, anda, pobre ratonero, anda....

La costumbre te ha vuelto perspicaz y atento; al menor ruido prestas oído, tus ojos quedan fijos, tus narices parecen olfatear, tus facciones toman la espresion recelosa y aguda del animal que tú acechas.... ¡No temes sin embargo ni las contingencias

del camino, ni las asechanzas de los malos! Te acompañan á tus costados dos protectores poderosos: ¡la pobreza y la esperiencia! Anda y sigue tu camino, pobre ratonero, anda....

¡Aquellos á quienes encontrarás en él no se descubrirán ante tí; cuando llegues á las puertas de las granjas no saldrán á darte la bienvenida, y si la dueña te ofrece una comida, te servirán en el extremo de la mesa, con el pan mas duro y la cidra que queda en el fondo del tonel! ¡Porque tú no posees títulos, ni jaurias, ni castillos, y en el mundo ves tú las mas veces los ratones inútiles son los que se ven honrados! Anda, anda, pobre ratonero, anda....

¡Ves y dí á los que te desdeñan que tu humilde industria es una enseñanza; y adviérteles que además de los nidos de ratones que devoran las mieses de sus granjas y la grasa de sus carneros, abundan otros ocultos que horadan y carcomen en los corazones el amor y la pureza, sacrificándolo todo! Anda, pobre ratonero, anda....

Esos enemigos interiores son como los tuyos, activos y astutos; sus dientes atacan á las provisiones destinadas á la alimentacion del alma, y en tanto que ellas existen su voracidad es una ruina, y cuando mueren aun se las reconoce por la fetidez que despiden sus cadáveres. ¡Si te preguntan su nombre podrás responderles que se llaman los malos deseos! Anda, anda y sigue tu ca-

mino, pobre ratonero, anda. Pero añade para la consolacion del hombre que los sienten s; que tambien los malos deseos tienen un enemigo hábil como los tuyos para destruirlos, que es un ángel invisible y siempre presente, cuya voz se eleva cada vez que queremos oírlo, y que guarda nuestra alma, como tú guardas las granjas de nuestro pais. Ese ángel se presenta tan pronto alegre como triste, mas siempre fiel; se llama ¡la conciencia! Anda, anda, pobre ratonero, anda y sigue tu camino, que Dios premiará tu trabajo y tu honradez en la otra vida.

A las diez.

Cuando yo acababa de escribir las líneas que anteceden, un ruido de voces y carcajadas me ha llevado de nuevo á la ventana.

Era una compañía de titiriteros que acababa de colocar su tablero delante del sopor-tal, en derredor del cual formaban círculo todos los niños del barrio.

¿Quién de vosotros no habrá encontrado mil veces en la esquina de una calle, algunos de esos jóvenes piamonteses, con sus rotos vestidos, su alto sombrero italiano, su mesa y con las miradas vivas y atentas del que busca?

Es uno de los miembros de esa gran familia errante, que ignora cada noche cuál será la alimentacion del siguiente dia; bandada de aves viajeras, á quien la lluvia moja y el viento seca, á la que acecha á cada vuelta el milano, ó el fusil del cazador, aunque en breve y mal que le pese, no obstante avanza siempre adelante.

¡Pobres niños abandonados! ¿no veis detrás de ellos una muger aventurera y siniestra que les grita, anda, anda? ¡Esa es el hambre! Ellos van impulsados por su irresistible imperio; y aun cuando quieran apresurar sus pasos, siempre la sombría furia está mas allá mostrándoles el horizonte.

¿Por qué no han de tener ellos un nido, un lugar, en el gran árbol que Dios ha creado para todos?

¿Qué hacen en medio de nuestra civilizacion, esos seres medio salvajes, sin familia, sin pais y sin término fijo, á quien la sociedad rueda en esas olas, como cosas perdidas en un naufragio?

¿Son ellos la providencia que nos enseña, para hacernos mas fácil el contentarnos, ó para conservar y sostener en nosotros la piedad y compasion?

El niño que desmigaja su torta á la golondrina que cruza por su ventana, no pregunta por qué Dios se la envia: hagamos

como él, sembremos algunas migajas de nuestra abundancia delante de ese desterrado en la tierra del sol, si no por humanidad, al menos por reconocimiento. Recordad el tiempo en que con el cartapacio suspendido á la espalda olvidabais las órdenes de una temida madre y la hora de la escuela, parados ante un estrecho tablero, en donde á compas del pífano y el tambor bailaban esos extraños actores. ¡Qué alegría, cuando la rodilla del niño vivamente agitada imprime á su impulso mas atrevidos movimientos, ó cuando el bailarín ó bailarines se elevan chocándose al mismo tiempo, contrayendo su espinazo, se mezclan, se sorprenden, se huyen y se encaraman, voltean ó hieren ligeramente el pavimento! ¡Dias dichosos en los que buscabais la causa de esas bulliciosas zarabandas! ¡Cuántas veces despues habreis visto agitarse otros mas ilustres y encumbrados actores sobre un teatro mas vasto!

Solo que en vuestra infancia veiais el hilo sin comprenderlo, en tanto que mas tarde lo comprendeis sin verle. ¡Ay de mí! ahora ya lo sabeis: ¡ese humilde espectáculo es la parodia del mundo!

La mayoría de los hombres no son mas que titiriteros, atados al cordon del interés ó de la vanidad, á quienes un genio invisible hace bailar en las corrientes sociales!...

(Se continuará.)

ELENA CERRADA.

LA CAMPANA DE LA VENGANZA.

(TRADICION ARAGONESA.)

I.

Triste era el aspecto que presentaba Aragon por los años 1136.

Reinaba á la sazón D. Ramiro II, llamado el *Monje*, proclamado sucesor de su célebre hermano D. Alfonso el *Batallador*, merced á la influencia é intriga que ejercia en el reino D. Pedro Tizon, conde de Montegudo.

Bondadoso y pacífico por naturaleza, sentábase bien el dictado de *Monje* (1) con que el pueblo le apellidaba, y por lo mismo

(1) D. Ramiro II nació por los años 1074 y fué el último hijo del rey D. Sancho Ramirez y de su muger Doña Felicia de Urgel.

siendo ageno á las discordias civiles que existian en su reino, no pudo menos la nobleza que resentirse de la estraña conducta de su rey.

Las continuas guerras que la corona sostenia contra los moros y castellanos, hizo que algunos principales caballeros de la nobleza se acercasen al monarca á hacerle ver los desastrosos resultados de su indolencia, pero éste ensordecia á las justas quejas de sus nobles vasallos.

Mientras tanto los castellanos paseaban sus victoriosas armas por las fronteras de Aragon. Muchos nobles se retiraron á sus castillos pretendiendo defenderse por su propia cuenta, para lo cual organizaron sus mesnadas; pero como éstas generalmente se componian de ambiciosos aventureros que vivian del pillaje, no tardaron en dividirse en diferentes bandos, entregándose á intestinas luchas que contribuyeren á empeorar el estado del reino.

Cansóse por fin D. Ramiro de las continuas quejas de sus pueblos, y convocó córtes en Huesca para ver de oponerse á los valientes guerreros castellanos; pronunció en ellas un discurso, en el que manifestó la idea de levantar un numeroso ejército, y terminó su arenga ofreciendo fabricar una gran campana, cuyo sonido se oyese en toda España; pero al oír esto la nobleza, dedujo que el rey en todo pensaba menos en librar al reino de los peligros que le amenazaban, y convencidos de esto le abandonaron.

Entretanto el rey de Castilla, aprovechándose del estado de desórden en que se hallaba Aragon, desplegó todas sus fuerzas, y apoderándose de algunos castillos de la frontera, penetró en el reino amenazando pasar á sangre y fuego á los pueblos que no se le rindiesen durante su tránsito.

II.

Habia trascurrido algun tiempo despues de las córtes celebradas por el rey *Monje*.

En un estrecho callejon de los que tanto abundan en la ciudad de Huesca, existia en aquella época un espacioso edificio, que, á juzgar por la multitud de pajes y escuderos que transitaban por sus claustres patios, denotaba pertenecer á algun personaje de las principales familias de la corte.

Y así era en verdad: aquel edificio que

orgullosamente ostentaba sobre los arcos de sus puertas antiguos blasones, pertenecia nada menos que al favorito del rey D. Pedro Tizon, conde de Menteagudo.

En un retirado salon de su palacio, alumbrado opacamente por el ténue resplandor de una pesada lámpara de plata, sentado junto á una mesa se hallaba este conversando amigablemente con D. Ruy Perez de Pardo, nobilísimo personaje de la corte aragonesa.

A juzgar por la animada conversacion que seguian, algun asunto grave les preocupaba.

—Con que decís, D. Pedro,—decia Don Ruy,—que la reina os ha despreciado....

—Sí, D. Ruy, ¡y por mi vida que lo siento!.... Esta noche, merced al favor que disfruto en palacio, me he introducido secretamente en su cámara, y con todo el fuego de mi amor le he declarado mi pasión.... ¡Pero en vano!.... Doña Inés, con una energía que no sospechaba en ella, me ha hecho salir de sus habitaciones.... «Desistid, D. Pedro, me ha dicho, de vuestros criminales intentos: por esta vez os perdono, pero cuidad que esta escena no llegue nunca á los oídos del rey.» Y al concluir estas palabras, llamando á una de sus camareras, se ha internado en su aposento.

Figuraos cómo saldria de palacio; loco, frenético, mil ideas bullian por mi atolondrado cerebro.... sin saber dónde me dirigia me interné por unas estrechas callejuelas, donde me encontré con unos villanos que querian impedirme el paso á causa sin duda de algun lance amoroso: como era natural, no quise acceder á sus deseos, y no tardó en trabarse la pelea, de la que no sé cómo hubiese salido, á no ser por vuestro repentino socorro, por el que os estoy agradecido.

—Era mi obligacion: vi á un caballero peleando con unos villanos; vi la desigualdad del combate, y era un deber sagrado correr en su ayuda.... pero dejémonos de digresiones inútiles. ¿Qué pensáis hacer sobre la aventura de palacio?—Vengarme, interrumpió el de Tizon con energía.—A vos, D. Ruy, que siempre habeis sido un leal amigo y compañero de juveniles aventuras, creo que bien os puedo comunicar mis planes, sin embargo, espero me jureis por lo

mas sagrado del mundo, no revelar nada de lo que voy á deciros.

—Lo juro,—esclamó solemnemente Don Ruy, dejando caer su mano diestra sobre la cruz de su espada.

—Ahora, pues, escuchad,—prosiguió D. Pedro mas animado.—Antes que Doña Inés diese su mano de esposa á D. Ramiro, un caballero gallardo y hermoso, en cuanto cabe en un hombre, enamoróse perdidamente de ella, y la demandó por esposa: este caballero era el conde de Atares. Doña Inés, con todo el candor de su alma, amaba al conde; un porvenir de encantos y felicidad brindaba á ambos amantes; pero el tiempo, ese aquilon que parece gozar deshojando nuestras mas bellas ilusiones, deshojó tambien las del conde.

Por razones de la mas alta política, Doña Inés tuvo que sacrificar su amor y dar su mano de esposa al rey *Monje*....

El conde sintió dolorosamente la pérdida de su amada, y trató de olvidarla en medio del fragor de los combates: partió á la guerra. Desde entonces que ha estado la corte sin tener noticias suyas hasta que hace dias se le ha visto reaparecer como por encanto: sé murmura si es su amor quien le ha hecho regresar, de modo que....

—Creeis que la reina falte á sus deberes de esposa.... ¿no es cierto?—esclamó el de Pardo.

—Justo,—respondió Monteagudo.

—Mas pensad, D. Pedro, que la reina es incapaz de....

—¡Qué importa! todo se sacrifica en aras de la venganza.... Esta noche la reina me ha perdonado generosamente, es cierto, y no trato de negarlo, mas pensad que *nunca* un Monteagudo imploró que le perdonasen.

Y el de Tizon acentuó la palabra *nunca*.

—Luego es este lance de orgullo.... ¿no es cierto?—Repuso D. Ruy.

—Y de amor,—añadió D. Pedro.—Amo á la reina con una pasion que jamás sentí por muger alguna; pero os juro por mi nombre, que ese amor lo he trocado en odio.

—Desistid, D. Pedro, de vuestros locos intentos, y olvidadla.

—¡Olvidarla! de ningun modo; no quiero que nunca se diga que un Tizon retrocedió ante una empresa.

—En ese caso haced lo que os plazca, repuso el de Pardo levantándose.

—¿Cómo, os vais?

—Sí, es tarde, y asuntos de familia me llaman á otro sitio.

—Siendo así, Dios os guarde.

El de Pardo, despues de un afectuoso saludo, embozóse en su capa y salióse del salon.

Un instante despues, Hernan el escudero, confidente del conde, se hallaba ante su presencia.

—¿Qué se murmura por la ciudad?—preguntóle éste.

—Señor, segun las últimas noticias, los castellanos avanzan por nuestras fronteras.... mas no es esto solo lo que debe inquietaros, sino que varios conjurados, al mando de los cinco caballeros de Luna, vista la actitud indolente de D. Ramiro, y del continuo peligro que nos tienen nuestras guerras con los moros y castellanos, piensan proclamar solemnemente rey de Aragon al conde de Atares y libertar el reino.

—¡Ah!—esclamó irónicamente el de Tizon al oir estas palabras,—¡estoy vengado!

Y mandó á Hernan que se retirase.

(Se continuará.) 70

JOSÉ F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

NOCHE SERENA.

¡Qué noche tan hermosa! ven, mi vida,
Ven aquí á disfrutar
Los encantos y plácidas venturas
Que el amor dá á gozar.

La luna suspendida en el espacio
Vierte pálida luz,
Y mil estrellas rutilantes forman
De la noche el capuz.

Las flores entreabriendo sus corolas
Esparcen grato olor,
Y los arroyos en su lenta marcha
Murmuran con amor.

La brisa susurrando entre las ramas
Las hace modular
Sentidas frases que á las almas llevan
Ignoto bienestar.

Las blancas nubes por el éter cruzan
Unas de otras en pos,
Cual ángeles que vuelan al empíreo
Do mora el sacro Dios.

¡Qué noche tan hermosa! ven, mi vida,
Ven aquí á disfrutar
Los encantos, placeres y venturas
Que el amor dá á gozar.

MANUEL MILLÁS.

LA MUGER Y LAS FLORES.

(Continuacion.)

X.

LA MALVA.

¡Serenas noches de Mayo, qué dulce melancolía infundis en las almas sensibles, en las que reside el germen de la verdadera poesía! Cuando la calma y el silencio reinan sobre la tierra, cuando la naturaleza toda presenta ese magnífico aspecto que encanta, fascina al que fija su atención en un cuadro semejante, que ningún pincel ha podido reproducir, ni pluma alguna le ha sido posible describirle. El encanto, la poesía de las noches de Mayo no ha podido ser pintada ni aun por el sublime pincel de Wilson, que pretendió en vano robar su arrebol á las naranjadas nubes, su fulgor á las estrellas de la azulada esfera, su argentado luminar á la diosa de la noche. El genio del hombre se estrella impotente cuando pretende imitar la grandiosa obra del Creador de los mundos. Pequeño gusano, aun contando con la magnitud del talento, sus obras son raquíticas poniéndolas al lado del mas perfecto de los modelos; la naturaleza, esa obra tan estudiada y sin embargo tan poco conocida. Noches de Mayo, vosotras sois todo lo grande, todo lo inmensamente bello que puede ser la noche. Lo mismo en los trópicos que en el centro de la tierra, os presentais revestidas de esa magia que no puede resistirse y que convida á las almas sensibles á tiernas y poéticas meditaciones. Dios, la inmensidad del espacio, la belleza inimitable del universo mundo, hé ahí la serie de ideas que se apodera del cerebro del que goza de vuestros indescriptibles encantos.

Esto pensaba un poeta al mismo tiempo que discurría lentamente por las frondosas calles de un anchuroso parque.

El silencio de la noche solo era interrumpido por el dulce trinar de los ruiseñores en la enramada umbría. La poesía de aquella hora les incitaba quizá á cantar en melodiosas endechas sus cuitas de amor. Hasta las luciérnegas, retozando entre el césped, hacían brillar como una exhalación su fosforescente capa. La suave brisa arrancando de las flores sus codiciados perfumes, embalsamaba el ambiente con ellos, mientras que el céfiro juguetón hace gemir levemente las ramas de los tilos y de las acacias. La luna rielando sobre las tranquilas aguas del lago, lo convierte en un claro espejo, en el que se reflejan las copudas cabezas de los pinos y de los sauces. Las estrellas esparcen su chispeante luz que la luna eclipsa con su gran foco. La lucha temeraria entre el débil y el fuerte termina siempre así.

¡Qué hermosa estaba la noche! ¡Qué plácida calma reinaba! El poeta se sentó en un rústico banco, y abstraído por la belleza del cuadro que ante su vista tenía, no se apercibió de que acababa de sonar la hora de los misterios. Efectivamente, el eco había llevado hasta aquel sitio el pausado sonar de doce campanadas, que repitieron todos los relojes de una ciudad no muy lejana.

No lejos del lugar en que estaba sentado, se veía un gran cuadro de flores, donde vivían en admirable orden rosas y claveles, amapolas y pensamientos, geráneos y camelias, alelíes y azucenas y otras muchas mas que formaban un precioso mosaico con sus abigarrados colores. Bañábalo la luna con su pálida luz, y acariciábalo el ténue soplo del euro vespertino. El poeta las contemplaba con delicia.

De repente un ligero vapor se levantó de la tierra, envolviendo con su blanca nube toda aquella pléyade de hermosas flores. Lentamente fué disipándose la neblina, y de su seno salió un coro de hermosísimas mugeres, vestidas con mitológicos trajes del mismo color que tenían las flores cuyo sitio ocupaban. Al propio tiempo se oyó una música suave y de dulcísima melodía, se agitaron las aguas del tranquilo lago, y rompiendo su límpido cristal, dieron paso á una no menos linda náyade que apareció ante las animadas flores circundada de resplandeciente aureola.

—Yo, la reina de este ameno vergel, dijo, á vosotras mis vasallas, os he convocado á un consejo, para que espongaís vuestros méritos por si alguna merece la gloria de la inmortalidad. Podeis acercaros. Se abre la discusión.

Aquellas hermosas mugeres, formando

círculo al rededor de la reina del jardín, empezaron á pedir la palabra para hacer su propia apología.

La rosa contó los triunfos que su hermosura le habia valido; la azucena espuso los peligros que habia tenido que salvar para sacar incólume su pureza; la camelia refirió la importancia que habia alcanzado en una gran poblacion que se llamaba París; y así sucesivamente fueron refiriendo los pormenores de su vida. Sus méritos quedaban reducidos á un grado muy ínfimo. Restaba empero una que no parecia tener gran deseo de hablar.

—Y tú, Malva, preguntó la presidenta, ¿qué has hecho en tu peregrinacion por el mundo?

—Qué quereis que haya hecho, contestó la Rosa, nada. Ni por su belleza enamora, ni puede dar placer por su perfume. Es un ser inútil.

—Mientes, contestó una voz de trueno, presuntuosa y necia, la inutilidad no puede ser nunca el defecto de la modestia.

Un venerable anciano de lengua barba y cabello, vistiendo largo ropon, apareció entre el grupo de mugeres.

—Habla, Hipócrates, dijo la presidenta, deseo oír tu sábio informe.

—La modestia y la bondad de la flor que despreciais, no le ha permitido hacer su elogio como vosotras habeis hecho el vuestro, cuando de tan pocos méritos podeis preciaros comparándoos con Malva. Ella ha dejado en el mundo un nombre y una celebridad que no se olvidará jamás. Mientras ha pertenecido á la vida vegetal, las buenas condiciones de sus hojas y de su flor, han motivado que los que profesan mi humanitaria ciencia, la declararan medicamento humectante y dulcificante. Su raiz es mucilaginosa y emoliente, y la ciencia de curar en todas partes la usa tanto interior como exteriormente. En Egipto comen sus hojas, y la química la emplea tambien como reactivo tiñendo con ella el papel. De su corteza interior se puede estraer una especie de hilaza muy propia para hacer cuerdas y toda clase de tejidos como hacen los Malayos.

Hipócrates hizo una pequeña pausa, y continuó así:

—Cuando por decreto de Flora fué animada y pasó á vivir como todas vosotras en un mundo que conociais de lejos, ninguna mas que ella empleó sus facultades en hacer bien y en contraer méritos para la inmortalidad. Mientras que tú, Rosa, vivias en los harenes de Constantinopla, la bondadosa

Malva enjugaba las lágrimas del desgraciado y asistia al doliente en los hospitales. Bajo la toca de ese ángel que se llama hermana de la caridad, Malva prodigaba consuelo al que sufria, y solícitos y tiernos cuidados al que apenado veia transcurrir su vida sujeto al lecho del dolor. ¿Quién como ella ha endulzado mas amarguras, quién ha cicatrizado mas heridas, de esas que destrozan el corazon y que solo el bálsamo de la esperanza aplicado consuma discrecion puede curar? Ninguna de vosotras puede tener su conciencia mas satisfecha, porque ninguna ha hecho tanto bien.

Las flores callaban confundidas.

—¿Ninguna quiere disputar á Malva el premio? preguntó la presidenta.

Nadie contestó.

—Es en vano, repuso Hipócrates. Malva, como hija primogénita de la familia de las *Malváceas*, es la sola digna de la inmortalidad.

—Tuya es la corona de inmortal, Malva, dijo la presidenta ciñéndosela.

—Mia no, contestó la bondadosa flor, será de aquellos que puedan ser felices con ella.

—Digna eres de ser la hermana de la caridad que renuncia el premio que le ha concedido el gobierno, en favor de los pobres y desvalidos. La flor y la muger han de ser iguales en todo.

El poeta, asombrado de lo que veia y oia, iba á dirigirse hácia el grupo principal de aquel fantástico congreso, cuando la vision desapareció de su sitio, faltóle el punto de apoyo y vino al suelo desvanecido como si le hubiese herido una fuerza invisible.

Abrió los ojos y se encontró tendido sobre el cesped humedecido por el matinal rocío.

Todo habia sido un sueño, pero sus detalles quedaban indeleblemente grabados en su memoria.

Algunos dias despues visitando el hospital de*** el director, que era amigo suyo, le hizo conocer á una hermana de la caridad digna de loor y de veneracion. Sor Malvina era una hermosísima jóven que contaria escasamente cinco lustros. Habia prestado grandísimos servicios en los hospitales de sangre durante la campaña de Africa y en el de Ceuta asistiendo coléricos. El gobierno habia querido recompensar su inagotable caridad, concediéndole una pension vitalicia de seis mil reales. Sor Malvina la cedió en favor de los pobres inválidos de aquella guerra.

(Se continuará.)

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

SONETO.

¡Un soneto hacer yo! ¡qué atrevimiento!
 No faltará, presumo, quien se ria
 Al verme cometer tal osadía
 Y disparates ensartar sin cuento:
 ¿Y cómo no burlarse de mi intento
 Cuando no hay en mis versos melodía,
 Y soy tan poco diestro en poesía
 Que inspiracion en mí no hay un momento?
 De mi fatal empeño yo desisto,
 No me las quiero echar de ser buen vate
 Y en tan difícil cosa mas no insisto,
 Que no sabré arreglarlo, aunque me mate,
 Y pues no soy poeta está ya visto:
 ¡Un soneto hacer yo! ¡qué disparate!

ANTONIO GASCON.

RECUERDOS DE GLORIA.

II.

LA BATALLA DEL SALADO.

(Día 28 de Octubre de 1340.)

Regia los destinos de Castilla y Leon el valeroso Alonso XI, irreconciliable enemigo de los moros que tenian en el ánimo guerrador del monarca un peligro constante y un infatigable y poderoso adversario. Para vencerle de una vez y sacudir su yugo Aben Jucef, rey de Granada, pactó alianza con Albohacem, que lo era de Marruecos, el cual se comprometió á acudir en su socorro con los demás reyes feudatarios suyos, y con un formidable ejército que le envió el soldan de Babilonia. Las fuerzas reunidas de la morisma, ó sea las de los reyes de Tunez, Bugía, Marruecos, Granada y los babilonios escedia de seiscientos mil hombres; su armada constaba de mas de doscientas naves, tanto que D. Alonso Jofré de Tenorio, gran Almirante de Castilla, que solo disponia de sesenta, comprendiendo que era una insensatez impedirles que hicieran el desembarco, se retiró á Tarifa. Esta prudente conducta fué tachada de cobardía, por lo que irritado Tenorio quiso probar que no temia á la muerte, y saliendo al estrecho con sus naves presentó batalla á los moros. Sucedió lo que no podia menos de suceder; la armada de Castilla fué abordada, pudiendo escapar solamente cinco galeras; sus tripulantes aunque pelearon con gran valentía sucumbieron al número,

y el mismo almirante cayó de los postreros abrazado al estandarte castellano.

Satisfechos los moros con este primer triunfo tan fácilmente conseguido, hicieron su desembarco sin obstáculo alguno, poniendo en seguida sitio á Tarifa. En el interin, el rey de Castilla, aconsejado por D. Gil Carrillo de Albornoz, arzobispo de Toledo, y primado de las Españas, arregló las cuestiones que tenia con D. Alonso IV, rey de Portugal, su suegro, y pactando confederacion se aprestaron ambos á salir al encuentro de los moros. Aragon ofreció auxilios por mar, y reuniendo los dos monarcas sus fuerzas, compusieron un ejército de 25 000 infantes y 14.000 caballos, insignificante si se comparaba con la muchedumbre de los contrarios. Invocando el auxilio del Dios de los ejércitos y llevando sobre su pecho la gloriosa divisa de los cruzados, marcharon impávidos al encuentro de los moros. Esperaban éstos posesionados de un sitio llamado Peña del Ciervo, junto al cual corre el rio Salado, á corta distancia de Tarifa, y en tal disposicion atacáronles los cristianos con tanta bravura que prontamente rompieron sus apiñados escuadrones, haciendo en ellos tan gran matanza, que el rey de Granada tuvo que refugiarse en Marbella y Albohacen en Gibraltar, donde no creyéndose seguro pasó á Ceuta. Murieron en esta batalla mas de doscientos mil moros y otros muchos mas cayeron prisioneros. Entre los muertos se contó á Fátima, hija del rey de Tunez y muger de Albohacen, y otras varias mugeres esposas ó hijas de los principales caudillos, quedando cautivas otras muchas mas. La pérdida del ejército cristiano consistió en cinco mil hombres entre muertos y heridos.

Esta batalla, la mas memorable sin duda de cuantas se dieron en el siglo XIV, fué la primera etapa de la gran conquista de Granada llevada á cabo en el siguiente siglo por la católica Isabel. Sus resultados inmediatos fueron la toma de Aljeciras, Alcalá la Real, Teba y otras importantes plazas, y el gran predominio que adquirieron los monarcas cristianos de la península Ibérica, quienes mas ó menos directamente contribuyeron á ella. Las aguas del rio Salado corrieron tintas en sangre muchos dias, y los principales héroes de la jornada, á mas del monarca castellano, fueron los maestros de Santiago, Calatrava y Alcántara, Garcilaso de la Vega, Juan de Lara, Juan Manuel, Gonzalo de Aguilar, Alvar Perez de Guzman y varios caballeros portugueses, entre los cuales se distribuyó parte del inmensi-

mo y rico botín, fruto de la victoria.

Alonso XI comisionó á su embajador cerca de la Santa Sede, Juan Martínez de Leiva, para que presentara al Pontífice Benedicto XII, que en aquel entonces tenía su corte en Aviñon, trofeos de aquella batalla consistentes en cien caballos enjaezados con la mayor riqueza, con otros tantos alfanges y adargas pendientes de los arzones de las sillas; veinticuatro banderas de las cogidas á los infieles, y como prueba de señalado respeto y deferencia el rey Alonso envió al papa el pendón real y el mismo caballo con que había entrado en batalla.

El pontífice, los cardenales y los grandes dignatarios de la corte romana dispensaron los mayores obsequios al embajador de Castilla, y el primero celebró con gran pompa una misa en acción de gracias.

La gran victoria del Salado forma época en los anales de la cristiandad por su maravilloso éxito, atribuido por almas piadosas á la intercesión de Santiago, patron de España. La santa iglesia catedral de Toledo celebra aun fiesta anual para conmemorar el aniversario de esa legítima gloria de nuestra patria.

F.

MOSAICO.

CAPRICHOS DE ARTISTAS.

Todos los hombres tienen sus caprichos, y no son los artistas los que menos pagan su tributo á este género de debilidades humanas.

Auber no podía permanecer dos dias seguidos en la mas hermosa ciudad del mundo.

Adolfo Adam tenía singular antipatía á la frondosidad de los árboles.

Donizetti hacia sus viajes siempre durmiendo, sin entretenerse en contemplar las maravillas de la naturaleza.

Paer se complacia en ser contrariado. Escribió *Camilo*, *Sargines* y *Aquiles*, disputando con sus amigos, reprendiendo á sus hijos y regañando con sus criados.

Cimarosa tenía á su lado una docena de curiosos, que se entretenían en discutir de todo, mientras el maestro escribía.

Sarti no sabia componer sino en una habitacion desamueblada y oscura, ni podia sufrir otra luz que la incierta de una lámpara colgada del techo.

Spontini tenía la costumbre de componer de memoria en la oscuridad.

Salieri se veía obligado para refrescar su imaginacion á salirse de casa y recorrer las calles mas concurridas comiendo caramelos.

Hay, por el contrario, recostado en un ancho sillón y con la vista en el techo, dejaba volar su imaginacion por espacios desconocidos.

Gluk se instalaba con dos botellas de Champagne al aire libre y á veces con un sol abrasador; inflamado su espíritu gesticulaba como pudiera hacerlo un actor encargado de interpretar sus dramas líricos.

Haendel se paseaba por los cementerios y con frecuencia iba á sentarse en los rincones mas oscuros de los templos.

Paesiello, en extremo perezoso, pasaba en la cama la mayor parte de los dias.

Mehull adoraba las flores, se estasiaba contemplando una rosa, y no se consideraba completamente feliz sino cuando vagaba errante por los bosquecillos de los jardines.

Mozart leía y releía á Homero, Dante y el Petrarca, y nunca se ponía al clave sino despues de haber leído muchos capitulos de sus autores favoritos.

Bellini tenía que dormir con sus composiciones bajo la almohada.

Verdi en cuatro dias de anticipacion se prepara á componer con la lectura de algun drama de Goethe, Shakspeare, Schiller, García Gutierrez, Victor Hugo ó algun fragmento de Ossian.

BUENA MEMORIA.

Temístocles sabia de memoria los nombres de todos los habitantes de Atenas. Tenía la costumbre de decir que lo que él necesitaba era un arte de olvidar y no de recordar.

Mucha memoria debió tambien tener Mitridates, de quien cuentan que poseía veintidos idiomas, ó sean tantos cuantas eran las naciones sujetas á su dominio.